



Cielo arriba, cielo abajo y agua en medio: ¡El coco!

Me gusta la carnita cuando está crujiente y llenita de limón y sal de mar. Me gusta pensar en lo fresca que es el agua aun cuando no tiene hielos

Alma Galindo

Supongo que mi gusto en frutas ha sido influenciado por el clima de mi región. Si bien es acostumbrado que me queje del calor terrible de Colima, lo cierto es que me queda muy claro que gracias a esa humedad y ese sol, es que muchas frutas que consumo normalmente son de procedencia local.

Curiosamente hay una de la que recién siento la ausencia: el coco, tan común en Colima y tan deseado en tantas ciudades.

De mi infancia y adolescencia tengo el grato recuerdo de mi abuela que, emocionada, servía en su jarra de cristal agua de cocos recién cortados; o cuando a veces, en los momentos menos apropiados, paraba a mi abuelo a pie de carretera para tomarse una agüita con carnita fresca y su toque de limón en el tramo que va de Tecomán a Colima.

Sobre el oficio de quien recoge cocos, además de admiración me produce embelesamiento. Me gusta ir al Parque Hidalgo a ver las palmeras llenas de escalones

hechos a machetazos. Siempre me pregunté si podría subir en una de esas palmas altas, obviamente nunca lo he intentado.

Me acuerdo que no hace muchos años, solían cortarse los cocos y venderse ahí mismo. No sé qué pasó, hoy aún veo niños escalando de vez en cuando y señores que cortan los frutos, pero desde que desapareció el puesto, esos cocos no se quedan en el barrio. No sé quien los comprará ahora.

Debo confesar también que nunca fue mi favorito, hasta hace poco que, por la ubicación de mi oficina, comenzó a pasar el *coquero*, amigo de todos en el lugar donde trabajaba. Por el horario comenzó a darme primero hambre y luego antojo.

Así, poco a poco, cada lunes, miércoles y viernes se hizo costumbre consumir cocos frescos y ahora los extraño. Me gusta cuando quedan crujientes y están llenitos de limón y sal de mar. Me gusta pensar en lo fresca que es el agua aun cuando no tiene hielos. Quisiera salir a platicar del clima con Don Felipe mientras pone extra de chile en mi bolsita.

Hoy que vivo en otra ciudad me resulta curioso cómo muchas veces damos las cosas por sentadas, pensando que en todos lados es igual y que son tan estáticos e inamovibles los sabores que reconocemos propios.

Ingenua pienso que con sólo esperar el lunes, por algún rincón, alguien va a aparecer con cocos recién cortados; algunos días que hace calor en Aguascalientes extraño la frescura del agua. Pienso en su sabor, me descubro extrañando a mi abuela y su jarra de cristal, a la playa y el mar salado y me parece emocionante que una fruta pueda traer tantos recuerdos.